

texto **Víctor Raga**



dibujos **Montse Español**

Algar

¡Toma, qué paisaje!

Explora el mundo de las plantas con el señor Cantalombardi



¿En qué piensas, Martín?

Las hojas de algunos árboles habían empezado a caer. Estábamos en otoño, pero en el invernadero del señor Cantalombardi se estaba a gusto. Elena y yo habíamos subido a hacerle una visita, como muchas tardes durante los últimos meses, y le ayudábamos tanto como podíamos a plantar sus plantas, porque somos buenos chicos.

Elena aún sería mejor si no estuviera todo el día haciéndome rabiar y diciendo que quiere

ser mi novia. Y no es que no me guste. La verdad es que me hace un poco de gracia, la muy bruja, pero no se lo diría ni loco. Y me pone nervioso que lo suelte delante de todos, siempre la misma canción, una y otra vez.

Fijaos si no: un día estábamos en clase y la maestra nos sacó a los dos a la pizarra para que hiciéramos una división con un divisor de dos cifras y un dividendo largo como una longaniza. Por más que miraba aquella división, no sabía ni por dónde empezar. Me hervía la cabeza. Y no es que no sepa dividir, pero con dos cifras y encima llevando es para volverse loco, si pierdes la concentración un segundo se va todo al traste. De repente, noté que alguien me cogía la mano. Me giré, y allí estaba Elena.

—¿Quieres que te ayude, guapo? —me dijo.



¿Os lo podéis creer? En mitad de la clase, delante de la maestra y de todo el mundo. Y encima no paraba de mover las pestañas arriba y abajo, la boba, como si fuera la princesa de Mongolia o qué sé yo. Hubiera querido que se me tragara la tierra, de verdad. ¡Qué rabia! ¡Pero qué rabia!

Fui la burla de la escuela durante un mes, todos me gastaban bromas. Recuerdo que un amigo, un día que jugábamos al fútbol y estaba a punto de lanzar un penalti, me cogió la mano y me dijo, imitando la voz de Elena: «¿Quieres que lo tire yo por ti, guapo?» Y todo el mundo se revolcó por el suelo de la risa. ¡Así no había manera de marcar un gol!

Pero es que Elena y yo vivimos en la misma finca y vamos a la misma clase. Por fuerza pasamos mucho tiempo juntos, y todavía más

desde que conocimos al señor Cantalombardi. Sabe una barbaridad de cosas, este hombre. Al principio pensaba que estaba como una cabra, pero ahora es casi como si fuera nuestro abuelo sin serlo. Siempre está mirando por el telescopio, leyendo algún libro o criando plantas en su invernadero.

Así es que estaba pensando en todo eso y, de repente, Elena me dio uno de sus famosos pellizcos de monja, de esos que te dejan escocido.

Le dije una palabra fea que no me gustaría tener que repetir, la verdad, y el señor Cantalombardi me riñó.

–Ojo con lo que dices, Martín.

–Pero es que es idiota de verdad –dije.

–Martíííín. Si sigues hablando así, tendremos que lavarte la boca con jabón.

–Ella *siempre* está pellizcándome –protesté.

–Es que tú *siempre* estás tumbado al sol –dijo Elena–. Y nosotros aquí, sin parar de trabajar.

–No estaba tumbado al sol, lista, estaba pensando. Pensando en cosas.

–Sí, claro, ya se ve que te sale humo de la cabeza y todo. En la mona de Pascua estabas tú pensando.

El señor Cantalombardi intervino para que dejáramos de discutir.

–Da igual, Martín. No hace falta que nos ayudes si no tienes ganas, nos haces compañía y eso es más que suficiente.

–No, de verdad, señor Cantalombardi, estaba pensando en el trabajo que hace usted aquí. Pasa muchas horas cultivando sus plantas y haciendo viveros de semillas. ¿Todo eso para qué? No le veo el sentido.

El hombre dejó el tiesto que tenía en la mano y se limpió las manos de tierra.

–Bueno, me gusta estudiarlas.

–Hombre, si no me dice otra cosa. Pero si siempre están quietas, las plantas. ¿Qué gracia tiene?

–Eso no es obstáculo para que sean muy interesantes. Las plantas son seres vivos muy beneficiosos para la naturaleza y también para nuestras vidas, que nacen, se alimentan, se reproducen y mueren como cualquier otro ser vivo.

–¿Y para qué son beneficiosas? –pregunté.

–Nos sirven de alimento. Cuando comemos hortalizas, legumbres, cereales o frutas, todas estas plantas nos aportan las vitaminas y los minerales que necesitamos.

–Ya, claro, eso. Si nos ponemos así, las plantas también sirven para decorar –dije–. O eso dice mi madre, que tiene un ficus de plástico al lado del televisor.

Elena puso los ojos en blanco, le encanta ponerse melodramática.

–Hala, toma, otra burrada martiniana –dijo–. Qué niño, por favor.

–¿Qué he dicho yo ahora? Y no me digas «qué niño, por favor», que no soy tu bebé.

Antes de que volviéramos a pelearnos, el señor Cantalombardi intentó poner paz.

–Las plantas de plástico no tienen vida, Martín. En cambio, las plantas de verdad ayudan a purificar el aire, absorben dióxido de carbono y expulsan oxígeno, que es necesario para que nosotros podamos respirar.

–Sí, claro, eso debe tener su importancia –tuve que reconocer.

–Además –añadió el señor Cantalombardi–, las plantas nos dan sombra, y protegen los suelos de la lluvia y del viento. Un suelo cubierto de plantas se desgasta menos.

–Y sirven para fabricar papel, ¿verdad?
–dijo Elena–. Lo leí en un libro.

–Sí, hay muchos productos que se elaboran a partir de las plantas: tejidos, medicamentos, muebles, muchísimos productos.

Entonces el señor Cantalombardi cogió una planta y la sacó del tiesto con mucho cuidado para que no se deshiciera el cepellón.

–Mirad, ésta ya es bastante grande. ¿Sabéis qué es esto? –dijo, y señaló la tierra en la que se entrelazaban algunos filamentos.

–¡Qué pregunta más fácil, señor Cantalombardi! –exclamó Elena–. Son las raíces.

–Muy bien. Fijaos cómo son de finas. Es la parte de la planta que está bajo la tierra, y es gracias a la raíz que la planta absorbe el agua y las sales minerales que necesita para alimentarse. Así se forma una sustancia que se llama savia.

–¿Y cómo llega esa cosa a las hojas? ¿Cómo ha dicho, la ravia?

–La savia. Ésa es una buena pregunta Martín, muy buena –dijo el señor Cantalombardi mientras introducía de nuevo las raíces dentro del tiesto y limpiaba la mesa de tierra.

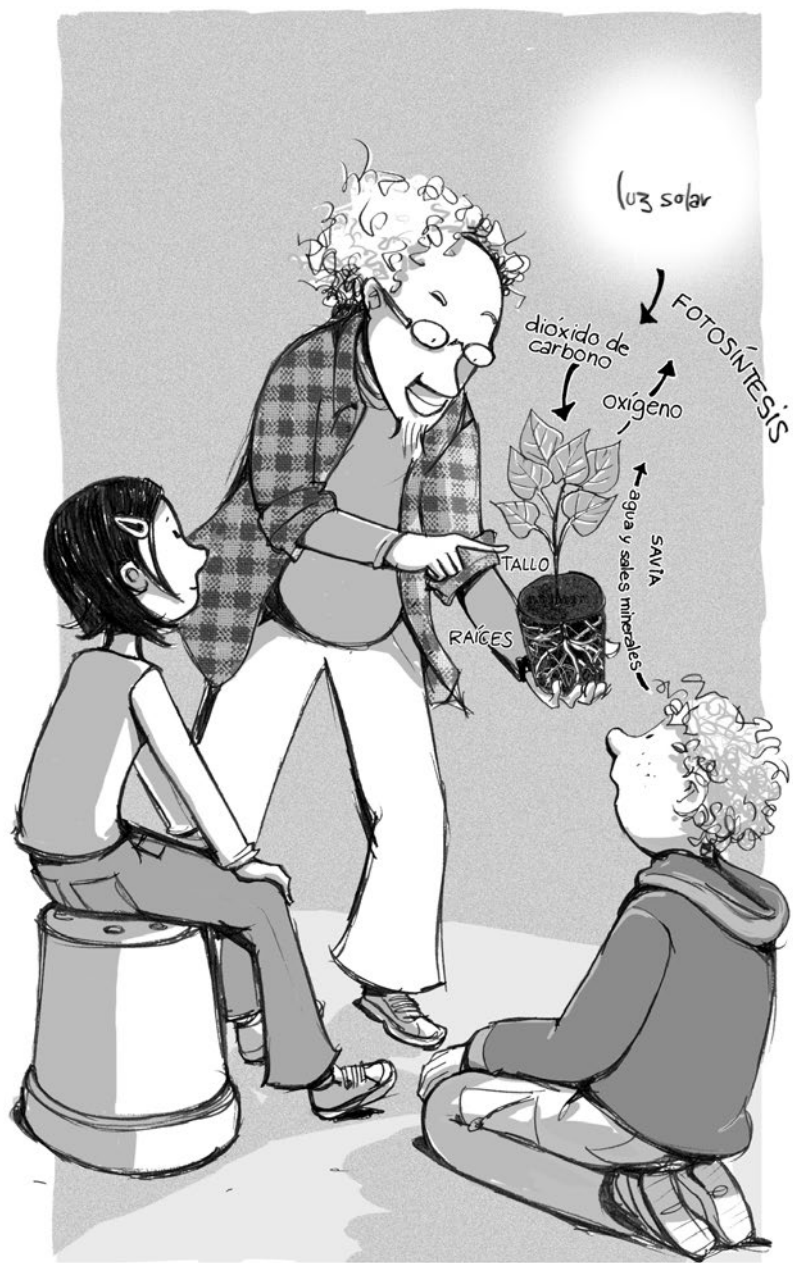
–Bueno, ¿y por qué no me la contesta, si es tan buena? –me impacienté.

–No seas maleducado, Martín –me riñó Elena, con el tonito típico que usan las madres cuando sus bebés hacen alguna trastada.

El señor Cantalombardi me sonrió y me señaló el tronco de la planta.

–Mira, Martín, el alimento llega a las hojas gracias al tallo, a través de unos tubitos. Y por aquí es por donde circulan el agua y las sales minerales que absorbe la raíz, es decir, la savia.

Entonces levantó un dedo para que le prestáramos un poco de atención.



—Pero, atentos, esta savia no es aún el alimento definitivo de la planta, de hecho se llama savia bruta, le falta algo aún para convertirse en savia elaborada. ¿Sabéis de qué se trata?

—¿De un cocinero? —bromeó Elena.

—Sí, mujer, y de un horno —me burlé.

—No vais del todo desencaminados —nos animó el señor Cantalombardi—. Esa especie de cocinero es el horno más grande que tenemos. A ver si adivináis el nombre.

Repasé los hornos del barrio, el de la tía Ramona y el de Pedro el datilero, pero no supe a cuál de los dos se refería. De repente, Elena se dio una palmada en la frente.

—¡El Sol, claro! —exclamó.

—Exacto. Las hojas absorben la luz solar, y esta energía consigue transformar la savia bruta en savia elaborada, que vuelve a ser

transportada por el tallo a toda la planta.
¿Sabéis cómo se llama este proceso?

–¿Savia al horno? –bromeé yo ahora.

–Bueno, sería un nombre bonito, pero en realidad se llama fotosíntesis.

Me quedé de una pieza.

–¿Te pasa algo, Martín? –preguntó el señor Cantalombardi.

–Es que me cuesta imaginar cómo pueden alimentarse las plantas sin tener boca.

Elena y el señor Cantalombardi se echaron a reír, pero no sé por qué, la verdad, no tenía intención de hacer un chiste.